

Hoy en día, se habla cada vez más de la importancia del discernimiento en la vida de la Iglesia y de todo creyente, dado el momento histórico que estamos viviendo.

El Papa Francisco vuelve a él continuamente, es una de las palabras que más repite. Lo pone como medio o instrumento de la reforma que quiere realizar en la Iglesia Y es significativo que encontramos esa expresión en el título del Sínodo 2018, título querido explícitamente en estos términos por el Papa, donde añade al D el adjetivo "vocacional".

Sabemos que en la formación pasada no nos educaron en esta dimensión. El D se reducía a una herramienta de búsqueda en situaciones de emergencia. Como consecuencia, se favoreció una concepción pasiva y segura de la fe, menos responsable y más bien repetitiva, poco motivadora para el contexto cultural actual y aún menos adecuada para una pastoral vocacional inteligente.

Vamos a intentar describir en síntesis el sentido de este término, para verlo después en relación a la dinámica vocacional y de los jóvenes.

1. Discernimiento en sí

Discernir es *el arte de tomar decisiones como creyente*. Veámoslo desde cuatro puntos de vista: la persona que discierne, el objeto y el sujeto del discernimiento y el D como proceso.

1.1 Sujeto del discernimiento: el adulto en la fe

a) Peregrino con sentido del misterio

El que discierne es ante todo un peregrino que tiene sentido del misterio, sabe que Dios está Presente y que no existe espacio o momento vacío, sin su presencia. Entonces lo busca en *todo lugar*, desarrollando una sensibilidad espiritual atenta "*a la suave brisa del viento*". Dios, es el que habla sin voz, aquel de quien el Salmo dice: " En el mar *estaba* tu camino, y tus sendas en las aguas inmensas, y no se conocieron tus huellas" (Ps 77, 19).

b) Vir ob-audiens

El creyente *ob-audiens* se lleva la mano al oído para escuchar no solo al que habla sin voz, sino a aquel cuya palabra es "señal o gesto" fundamental para comprender la dirección del camino y el sentido que quiere dar a la vida, a su propia vida. Discierne sólo la persona que está profundamente interesada en la búsqueda y en el porqué de la búsqueda que le lleva a salir de sí. El discernimiento es un proceso relacional, implica una relación.

c) Adultos en la fe

El adulto en la fe busca con su *inteligencia* y con su *corazón* y acepta correr el riesgo más peligroso: buscar lo que Dios quiere. No le basta lo que es bueno para el grupo, sino que quiere descubrir lo que el Señor quiere darle y pedirle *a él y sólo a él*. Sobre todo, es adulto en la fe porque este riesgo lo corre sin esperar siempre órdenes de arriba ni fiándose solo de su impulso, sino aceptando hacer un camino de conversión de su propia sensibilidad, para ser cada vez más sensible a lo que es bello y bueno, verdadero y justo: una conciencia en la que resuena el eco de la voz del Eterno¹.

d) Amante que busca al Amado

El D es cuestión de amor, de una relación que no está regulada por la ley o donde uno se contenta con evitar el mal. Eso indica el modo de actuar *del amante que busca al amado*; Si es una cuestión de amor, no se trata de evitar el mal, sino de tener la libertad de buscar *el bien y lo mejor*, en este momento, es decir, lo que es bueno y agradable al Amado y que Dios espera de él.

1.2 Objeto del discernimiento: la acción de Dios en la persona

Hay varios niveles, pero tienen una secuencia que debe ser respetada.

a) La acción divina

Cuando se discierne, se busca, lo primero, a Dios y su acción antes que dar una respuesta. La búsqueda no se limita al momento presente, sino que busca acoger lo que Dios ha hecho, su paso continuo en la vida del creyente, el sentido de su presencia activa, la orientación que su acción ha querido dar a su vida. Quien discierne se vuelve hacia Dios y le pregunta: «¿Señor, qué es lo que me estás dando... y pidiendo. ¿Hacia dónde estás dirigiendo mi vida... Qué me estás diciendo a través de esta relación, este evento, esta crisis, este sufrimiento, este fracaso moral, esta injusticia...? "»

b) Respuesta humana

Es a partir de la acción de Dios, cuando el que discierne puede descubrir la decisión que debe tomar. Es un orden que debe respetarse, y que permite al creyente favorecer la acción de Dios y realizar su proyecto. Este es el criterio de todo D: permitir a la Gracia actuar libremente en nosotros y por lo tanto, elegir la actitud de una gran disponibilidad a la acción divina.

1.3 - Objeto y sujeto de discernimiento: la sensibilidad humana

Paradójicamente una misma realidad es sujeto y objeto del D: aquí se trata de la sensibilidad humana. El objeto particular del D es lo que el sujeto experimenta dentro de sí mismo, en ese mundo interior tan rico que es su *sensibilidad*. De hecho, Dios ha hecho al hombre su interlocutor y lo encuentra, entonces, en su humanidad donde nos habla a través de nuestros sentidos, emociones, sensaciones, sentimientos, afectos, atracciones..... en una palabra, a través de nuestra sensibilidad. Esta será después objeto del D., pero no siempre fácil de descifrar correctamente.

En realidad, la sensibilidad humana no es solo *objeto* de D, de alguna manera es también *sujeto*: nosotros percibimos la acción de Dios con nuestros sentidos internos, con nuestra manera de entender a Dios, con la imagen que nos hemos hecho de él, con la interpretación que damos a su palabra..., a lo largo de un camino que necesariamente está vinculado a nuestra experiencia y a la calidad de nuestra relación con él. Esto hace que el D, cualquier D, sea particularmente difícil. Pero al mismo tiempo nos ayuda a entrever dónde tenemos que trabajar para aprender a discernir mejor y con rectitud.

1.4 - El discernimiento como proceso

El D se ha usado con frecuencia como criterio para reflexionar sobre una situación que, con frecuencia, lleva a una decisión. De hecho, el D no es un juicio, sino un proceso que tiene varias dimensiones:

a) Proceso formativo

Este es tal vez el punto más importante que hay que destacar. El D viene de lejos, implica un itinerario formativo completo y metódico, esmerado, atento al propio mundo interior (hecho de sentidos, emociones, sentimientos, gustos, criterios de selección y juicio...) es decir, a la propia sensibilidad. Tiene sentido si lentamente se convierte en un "modo" *habitual* de vivir y creer. El D no se improvisa, no es ese instrumento que se usa sólo en situaciones críticas. O se hace siempre o no se hará nunca, (o se convierte en una actitud o no se podrá hacer). Tenemos que discernir *siempre*, porque en *cada momento* de la vida Dios tiene algo que decirme y algo que darme, algo que pedirme y algo que corregirme, a menudo inédito e inesperado.

b) Proceso que lleva a una decisión.

O la persona busca a Dios en todo momento o no podrá pretender vivir un método de búsqueda que lo libere de toda duda. No se discierne para eliminar las dudas, sino, al contrario, *para impedir que actúen como coartada que frenen las decisiones, especialmente las que tú solo puedes tomar o cuándo podría ser más fácil delegar la responsabilidad en otros o apoyarse en una norma ya 'fijada' de una vez para siempre, o posponer indefinidamente la elección.*

Quizá por este motivo, el Papa invita en *Amoris laetitia* a acompañar a las parejas en crisis, haciendo con ellos un camino de discernimiento; pero conocemos bien la resistencia y la oposición que ha encontrado. Muchos habrían preferido indicaciones claras, para aplicarlas en la pastoral (que hay que obedecer). Después de todo, ¿no está para eso la autoridad de la iglesia? ¿Pero, estamos seguros que es esa la obediencia verdadera, la del adulto que busca lo que es mejor y más agradable a Dios para sí mismo y, en tal caso, también para los demás? ¿Estamos seguros de que esa es la función de la autoridad? ¿No podría ser un *abuso sutil de la autoridad -de los de abajo-* que así evitan hacer un camino laborioso y difícil, que supone preparación y práctica personal, y descargar así toda responsabilidad sobre la propia autoridad?³

c) Proceso de conocimiento personal y elección del bien posible

El D no significa una elección inmediata y total del bien absoluto, o de la perfección como tal, sino que se trata de descubrir lo que ahora el Señor me da y me pide, según su pedagogía, o lo que es mejor en este momento de mi vida. El Señor me encuentra donde estoy, no me espera donde debería estar. Esto requiere, una vez más, un ejercicio para aprender esa sabiduría que permite elegir con equilibrio (evitando los extremos del idealismo imposible o soluciones demasiado cómodas)⁴, pero también la humildad de dejarse acompañar.

Todo esto tiene especial importancia desde el momento en que uno acompaña al otro, como indica de nuevo el Papa Francisco en el *Amoris Laetitia*. Recomienda a quien ayude a D, especialmente en situaciones difíciles, una atención específica para que la persona que busca acoja ese posible bien⁵.

d) Proceso espiritual-experiencial

Quizá la cosa aún más significativa es que en el D Dios se revela por lo que es. Hemos dicho que el objeto primero del D es lo que Dios hace en nuestras vidas. Antes de lo que debo elegir hacer. Y cuando el D se convierte en estilo de vida, Dios se revela cada vez más como ese Misterio bueno y amistoso que desea dejarse ver y tocar, "que no quiere soldaditos obedientes, sino hijos felices" (Ronchi), felices de buscarlo y dejarse buscar por él.

Para quien no discierne, Dios es un enigma, silencioso y tenebroso, frío e inaccesible.

Para quien discierne, Dios es un Misterio de luz deslumbrante, que ilumina la vida y todo su misterio!

e) Proceso vocacional

A estas alturas, es evidente la relación entre D y vocación o elección vocacional. No sólo porque la llamada implica una respuesta y, por tanto, una decisión a este efecto, sino porque el camino existencial es una llamada constante del Eterno "Chi-amante", a quien el llamado debe dar constantemente una respuesta. Y puesto que Dios, la persona que llama, no se repite, es necesario un nuevo D para cada vocación. Las personas *fieles* viven así su vocación, la viven de una manera nueva, con motivaciones siempre nuevas y con un impulso que se renueva con el tiempo. Quien se contenta, en cambio, con no traicionar la propia elección vocacional y permanece en la institución, pero dando siempre motivaciones nuevas a su llamada, repite sencillamente los riesgos de ser mediocre. Como máximo, uno solo *persevera*.

2 - Decisión humana y decisión cristiana

Para comprender mejor el sentido del D como una opción típicamente cristiana, vamos a comparar los dos tipos de decisión: *una humana*, dictada por la lógica humana y más practicada

por los que nos rodean, y otra *cristiana*, que nace de una perspectiva creyente y se manifiesta en el aprendizaje del D.

2,1-La de decisión humana

Una buena decisión humana tiene que ser

a) *Segura*

Se minimizan los elementos de riesgo; la mejor decisión es la que menos riesgos corre de fracasar o equivocarse. De aquí la búsqueda de todo lo que pueda prever el futuro a partir de lo que la persona está segura de saber hacer. Se evita cualquier opción que prevea algún servicio que esté más allá de las propias capacidades; el riesgo está en elegir no lo máximo que se puede dar y de repetir lo que ya tenemos, en una especie de auto clonación psicológica.

b) *Al menor precio*

Es preferible, según la lógica puramente humana, que la decisión alcance el objetivo con el máximo de eficiencia y el mínimo de pérdida. Parece un criterio muy lógico; en realidad esconde el miedo a complicarse la vida y termina, no pocas veces, por orientar la decisión hacia objetivos poco comprometedores, o reducir, imperceptiblemente, el nivel y la calidad de las aspiraciones.

c) *Precisa y clara.*

La decisión debe ser, ante todo, precisa y clara. Los objetivos, finales e intermedios, deben ser bien analizados desde el principio para minimizar al máximo, en esta fase de la elección, que se mezclen aspectos relacionados con el futuro. Esta afirmación parece muy racional y prudente; pero deja abierta una pregunta bastante realista: ¿es posible tomar una decisión que de verdad pueda preveer todo cuando se trata de elegir para toda la vida? ¿No es muy "humano", este tipo de decisión, ya que hay una zona que ningún cálculo puede predecir y controlar?

d) *Que se pueda revisar o que sea reversible*

Como hemos visto anteriormente, la decisión humana, calculadora y preveedora al máximo, tendrá que dejar, por lo general, una salida de seguridad, *un plan b*, en caso de que la opción no funcionase por motivos varios. En realidad es una elección basada en el miedo, miedo a lo definitivo, incapaz de abandonarse, temerosa o escéptica de lo que se elige y a lo que, de alguna manera, debería "entregarse"... El miedo al "para siempre" hace que cualquier elección sea light e inefable, y revela una sutil desesperación en quien hace la elección, que sigue siendo evidente. En el mejor de los casos, la decisión humana es perseverar, como ya hemos especificado.

e) *Calculada*

La elección en el plano humano se hace sólo si hay una coincidencia perfecta entre las capacidades subjetivas y exigencias o competencias relacionadas con la elección en cuestión, solo si el sujeto comprueba que tiene todos los requisitos para decidirse en esa dirección. No hay ninguna posibilidad de riesgo, o tal vez el sentido de identidad y la positividad de la persona es tal, que no tiene la libertad de arriesgar ni la posibilidad de fracasar. Es decir, el cálculo como una forma de protegerse y defenderse.

2. 2- Decisión Cristiana

Una buena decisión cristiana

a) *Conlleva un riesgo*

En toda decisión hay una dimensión de inseguridad intelectual, y no solo mental, como hemos visto, que puede ser superada sólo atreviéndose y arriesgando, o con el apoyo psicológico y espiritual ofrecido y garantizado con confianza o desde la fe y que lleva a la persona a confiar en Dios. En el discernimiento cristiano, el creyente corre el riesgo mayor que una persona pueda

correr: descubrir la voluntad de Dios. Un riesgo que la soledad que va a vivir hará que sea más arriesgado porque la decisión que tomará será *personal*. Como lo dice de una manera magistral Moiola siguiendo a San Ignacio, él sabe que ningún mandamiento objetivo, ninguna regla, ninguna opinión o consejo de otras personas, incluso de su ayuda espiritual, le dará *la certeza* de que lo que decidirá hacer es lo que Dios quiere que haga. La decisión y el discernimiento personal en concreto, pertenecen a la persona, a la persona que se deja "dirigir": entonces, el discernimiento que hace el director espiritual no puede reemplazar o imponerse autoritariamente, sino que "conduce", sostiene el discernimiento del sujeto. En definitiva, se trata de *personalizar la obediencia de la fe*: nadie puede sustituir al otro, y nadie puede sustituir al que debe prestar obediencia. Le ayuda a que sus motivaciones sean de verdad espirituales... y le ayudará a ver que "es bueno para mi tomar esta decisión", y por lo tanto, es lo "correcto para mí". Pero tengo que ser capaz de ver todo esto; y soy yo quien, después de haber visto y estando convencido desde el interior, decido hacerlo.⁷ Todo esto dice la necesidad y la sensibilidad de un ministerio espiritual que oriente y apoye, ayude a purificar las motivaciones y a liberar el corazón de los apegos, conscientes e inconscientes; pero más allá de todo intento (autoritario, voluntarioso, fideista) de que la decisión fundamentada en la fe sea menos personal y autónoma.⁸

b) *Es de alto precio*

En la decisión cristiana es preferible esa acción que entre todas expresa *el magis*, el darlo todo, aunque me pida pagar un alto precio, y me pida la mayor intensidad de amor, aunque el resultado sea mínimo. La elección hecha en el nombre del radicalmente Otro que misteriosamente atrae al corazón humano se fundamenta en unos valores que expresan altos ideales, y que acepta vivir en una realidad que a menudo siente todo clase de límites. La decisión es cristiana cuando expresa el don de sí, y cuando pone a la persona en una posición de ofrenda de sí, aunque implique renuncia y le pida un alto precio. En ese momento es muy importante la relación entre los dos niveles: el del precio-renuncia y el del amor-deseo. Cuanto más alto es el precio, más grande debe ser el amor, hasta que renuncia y entrega se integren plenamente. Por eso, cada decisión, es, de alguna manera, un símbolo de la muerte, porque el final de sus días será el momento cuando el límite o la renuncia llegarán al punto más alto de la Cumbre; entonces será necesario «vivir» ese instante (y prepararse) llenándolo de sentido, es decir, caminando libremente hacia la muerte, como un epílogo de una vida que progresivamente se convirtió en don, momento supremo de su propia elección vocacional.

c) *Precisa pero nunca del todo clara*

La decisión cristiana debe ser *precisa, pero nunca podrá tener claros todos los detalles*, hasta el punto de prever todo y evitar cualquier sorpresa: los valores aceptados al inicio serán objetivos y realistas, pero nunca totalmente claros; cada paso indicará una conquista y una nueva tarea; la elección se irá descubriendo lentamente en un proceso de formación permanente. Una vez más, discernir y decidir no significa disponer del futuro, como si lo conociésemos de antemano. Significa más bien, *saber leer una dirección en el presente*, pero que va más allá del presente; significa *ver la coherencia* entre lo que vemos y la verdad del ser cristiano, entre lo que comenzamos a intuir y una posibilidad de implementar esa verdad en un proyecto de vida, donde el "yo", es decir, mi ser cristiano, aquí y ahora, no sólo no es excluido, "sino que es asumido como "lugar", de hecho, y como realidad de una síntesis que hay que encontrar. Me parece cristiano que yo lo haga; está claro el que yo pueda hacerlo; y prudente que lo haga; por lo tanto, *Dios quiere que lo haga*, y que, al hacerlo, *no encuentre de antemano la seguridad; sino que la encuentre fiándome y confiándome a él*. Y estamos de nuevo en el elemento fundante, en la arquitectura básica del proceso del creyente que le lleva a la decisión: la fe se convierte en confianza. La elección aumenta la confianza; elegir es la voz del verbo confiar.

d) Definitiva (y fiel)

La decisión cristiana se fundamenta en la *fe*. La fe en ese Otro, en Dios y en su misterio, como mencionamos al principio, y una fe que emana de la confianza de Dios hacia mí. Dios-Misterio bueno porque se revela; misterio de amor por qué me encuentro; misterio vocacional porque *antes de yo elegirle a él, Él me eligió a mí*. Es un poco la paradoja de la vocación: estamos reflexionando sobre la decisión a tomar y sobre cómo educar a los jóvenes a elegir su propia vocación, pero en realidad se trata de dejarse elegir, de educar a la libertad de ser fiel en la vida, que es lo máximo de la libertad humana. Y que está relacionada a la experiencia humana del sujeto, pero sobre todo a la experiencia espiritual de Quien-llama, y que llama porque ama, o que *“chi-ama”*. De hecho me llamó desde la eternidad, me ha amado desde siempre porque no quería que no existiese. La elección es definitiva, por qué su amor es para siempre; es fiel porque él es el primero. ¡Qué gran misterio!

e) Confiada

¿Cómo no fiarme de esta Buena Voluntad? Es ella la que me ha elegido y llamado a la vida cuando no me lo merecía. Me confío a esa Voluntad para siempre, vivo porque estoy en sus manos. Por lo tanto, es natural seguir fiándome, dejarme elegir por ella porque quiere mi bien y mi felicidad, incluso cuando me pide algo difícil y costoso, o algo que me va bien o alguna cosa que creo que va más allá de mis capacidades o de una cierta lógica.

A este punto entiendo lo que es la confianza: la confianza es y se convierte en *ese espacio de decisión que va más allá del cálculo, donde el cálculo no tiene lugar, ese espacio que está fuera del cálculo*. Para toda decisión vocacional no basta el cálculo racional. La confianza puede ocupar ese espacio y solo ella puede hacerlo; una elección vocacional sin confianza no tendría sentido. Y aún más para la vocación cristiana porque es una expresión de confianza que viene de la experiencia del *Dios afable*¹⁰ o del Misterio bueno y conduce a la experiencia misma.

Si la confianza no ocupa ese espacio, lo ocupará la presunción de la persona o su lectura subjetiva, con sus miedos y dudas, resistencias, interpretaciones reductivas, expectativas poco realistas, las defensas que conocemos. Pero si la confianza ocupa ese espacio no habrá cálculo y la decisión será total y radical e irreversible, como todas las que uno hace por amor, porque se siente amado.

Una última e interesante observación: Si hacemos una comparación entre ellas, la decisión humana y la cristiana, y recordamos los elementos constitutivos de la decisión, del deseo a la zona de riesgo, me parece que la decisión del creyente representa la verdadera y auténtica decisión, su sentido verdadero, expresando con claridad los elementos característicos; lo hace con más claridad que la decisión que llamamos humana que con frecuencia despierta miedo, y a menudo se reserva la posibilidad de desdecirse porque era solo aparente, o de pretender eliminar la zona de riesgo, y donde la confianza no es lo fuerte.

Veamos en el gráfico, en forma resumida, la diferencia entre los dos tipos de decisión:

DECISION HUMANA	DECISIÓN CRISTIANA
<i>Segura</i>	<i>Riesgo</i>
<i>Al menor precio</i>	<i>A un alto precio</i>
<i>Precisa y clara</i>	<i>Precisa, pero nunca del todo clara</i>
<i>Reversible</i>	<i>Definitiva y fiel</i>
<i>Calculada</i>	<i>Confiada</i>